

desquitar tantos años de angustias horribles y de sufrimientos... al fin el destino me lo pone en mis manos... su estrella siempre luciente se apaga... La suerte me lo trae... cuando me hallé perdida, sola, abandonada... me arrodillé en las abrasadas arenas africanas y le pedí al cielo justicia... me ha escuchado al fin... sí, ya estoy á su lado, y ni aun lo sospecha... ¡qué dirá el miserable cuando caiga la máscara de mi rostro, esa máscara horrible que ya me pesa, y oiga el acento de Zaida, el acento terrible de la mujer burlada, pidiéndole cuentas de su porvenir...? Sí, yo voy á enloquecer... Esperar... esperar... y cuando ya la esperanza se iba extinguendo como el fuego de una hoguera, alzóse de improviso un sol de felicidad... de felicidad sombría; porque la dicha ha huido para siempre de mi corazón!... ¡pobre de mí!... pobre de mí!...

No bien habia murmurado estas últimas palabras, cuando Treviño cayó sobre ella como un tigre, asíola de la garganta, como si una sierpe se le enroscara, y apretó tan violentamente que la desgraciada no pudo articular ni una queja ni un grito.

Afrojáronse los brazos, que habia llevado al cuello para deshacerse de las ligaduras; sus piernas se pusieron rígidas; su cabeza cayó hácia atras.

—Está muerta! dijo Treviño poniéndola en el suelo.

Las tocas y el manto se arrancaron de la cabeza de aquella desgraciada, y la mata de su pelo se desgajó por sus hombros en la caída.

Treviño tomó la linterna sorda para buscar el escapulario donde la bruja se habia guardado la orden para la entrega del dinero, y la luz dió de lleno sobre el rostro de aquel cadáver.

Contempló unos momentos el portugues aquella fisonomía, sus ojos amenazaron escaparse de sus órbitas, su rostro se desencajó como el de un espantado, y de sus labios trémulos ó mas bien de su pecho se arrancaron estas palabras:

—Ella!... Ella!... Zaida... la gitana... Dios mio!... Dios mio!...

Desprendióse la linterna de sus manos, y al ruido que hicieron los cristales que se estrellaron contra las piedras, acudió la mulata.

Treviño escuchó los pasos, y exclamó desesperado:

—La fatalidad me sigue, envolvámonos en su manto como en el sudario de mi porvenir.

Y dando otra mirada al cadáver se envolvió en su capa y se echó á andar como impulsado por la mano de su destino.

## IV.

—Camila levantó la linterna y alumbró á la madre Paulina.

—La ha asesinado... ¡Socorro!... ¡socorro!... ¡socorro!... La noche seguia en silencio.

—Infeliz! exclamaba Camila, infeliz! muerta por ese hombre á quien acababa de salvar de la hoguera!

Oyéronse ladridos de perros y pasos de gente que acudian al sitio donde Camila estaba envolviendo en el manto el cadáver de la gitana.

—Daos á prision! dijo el alcalde.

—Señor, han asesinado á mi protectora.

—Luego se le tomará declaracion. Y por qué habeis cometido ese crimen?

—Yo no soy asesina; un hombre que va huyendo es el que ha cometido el delito.

—Esta mulata tiene cara de embustera, dijo al alguacil; ella y no mas ella debe haber estrangulado á esa vieja.

—Yo os juro por la Virgen que no he sido.

—Razon de mas, todos los tunantes son devotos.

—Callad, maese Pica-Anzuelo, que esas son cosas muy serias.

—Lo dicho, señor alcalde, y ojalá que los muertos hablaran, veríais si yo miento; pero la desgracia es, ese silencio que se empeñan en guardar los difuntos cuando ya están muertos.

—Vamos, dijo el alcalde, ganapanes, cargad ese cadáver en una manta y llevadle al *depósito* para que mañana lo reconozcan sus parientes si los tiene; y si no, que no lo reconozcan.

—Eso se llama hacer justicia.

—Por algo me ha nombrado el rey alcalde.

—Me parece que el cadáver resuella todavía.

—Tanto mejor, cargad con él ú os voy á mandar pegar una zurribamba de palos.

—Al momento, señor mio, dijeron dos sugetos de la ronda, y pusieron á la madre Paulina en una manta.

—Yo me voy con la *rea* para la cárcel á formar la averiguacion, y vos, maese Pica-Anzuelo, id con la comitiva á donde os tengo dicho.

—Está muy bien.

—Aguardad.

—Señor?

—Que no se fugue el cadáver, ved que es un caso terrible de responsabilidad.

—Está muy bien.

—Aguardad.

—¿Qué?

—No le permitais hablar con alma viviente.

—Señor, si los cadáveres no hablan!

—Es que este resuella todavía.

—No me acordaba.

—Aguardad.

—¿Señor?

—A propósito de resuellos.-----

—Vuestra señoría lo tiene muy grande.

—No, no es eso, esculcad á esa bruja cuando esteis en el *depósito*, y guardad todo para el rey.

—Está bien.

—Aguardad.

—Señor, ya amanece.

—No importa, queria deciros que no *todo* fuera para el rey, reservad una parte para nosotros.

—Por sabido se calla, señor alcalde; S. M. el rey es bastante rico para ocuparse de estas frioleras, así es que nosotros heredamos á esta bruja aunque resuelle.

—Eso, eso es precisamente lo que quise deciros, me habeis comprendido á las mil maravillas.

El alguacil Pica-Anzuelo se marchó con la mitad de la ronda llevándose á la madre Paulina, mientras que el señor alcalde se encaminó á su casa á tomar descanso y primera declaracion á la mulata.

## V.

Seguia Pica-Anzuelo con su convoy, cuando se le metió en la cabeza que la bruja debia tener algunas oncillas que pelarle.

—Alto la ronda!

Los ganapanes pusieron en el suelo á la vieja.

—Retírese la ronda, que voy á practicar una diligencia con la *ocisa*.

—Cuál? preguntó un alguacil.

—No os importa! retiraos, ya está abierta la tienda de esa esquina, id á tomar un trago, y volved.

A sordos se lo dijeron, la ronda se precipitó en masa á la vinería.

Pica-Anzuelo comenzó un registro escrupuloso.

Hemos visto como la madre Paulina habia amartillado la pistola, y preparada se la puso al cinto para un evento.

El alguacil tiró de ella, y la pistola se disparó con la mayor facilidad.

—¡Muerto soy! gritó Pica-Anzuelo, y echó á correr en busca de sus compañeros.

Estos al oír la detonacion, como era muy natural, se pusieron en fuga sin preguntar siquiera lo que pasaba.

El aire de la madrugada comenzaba á soplar, iniciando una de esas mañanas húmedas de julio.

La madre Paulina cedió á la fuerza de la estrangulacion, que por ser momentánea ocasionó simplemente una congestion, que cesó luego que las ligaduras dejaron de oprimirla.

Treviño la juzgaba muerta, así como la infeliz mulata á quien el alcalde hizo poner en cuerpo de patrulla.

El estallido de la pistola hizo volver por completo á la gitana, que llevó instantáneamente las manos al escapulario en busca del papel.

—Aquí está, dijo con voz trabajosa, me he librado milagrosamente; ya me la pagará ese asesino.

Y apoyándose con dificultad á las paredes de la calle, desapareció cuando ya el alguacil Pica-Anzuelo regresaba, repuesto del formidable susto que le causó el disparo.

Los otros alguaciles acudieron con refuerzo de unos soldados, y vieron con asombro que la muerta habia desaparecido.

## VI.

El señor alcalde Jimenez de Pinillos tomaba declaracion á la mulata, que trémula de miedo apenas podia responder al interrogatorio.

—Conque sois africana?

—Sí, señor.

—Precisamente de Africa?

—Así lo creo.

—Y qué religion teneis?

—La católica.

—Pues qué, se usan por allá los católicos?

—Mis amos me enseñaron en México.

—Bien, y por qué la matasteis?

—A quién, señor?

—A quien ha de ser? á ella, yo no sé como se llama.

—Os juro que estoy tan inocente como vos, señor alcalde.

—Ea! silencio y cuidado con comparaciones ni paralelos.

¿De qué arma usásteis?

—De ninguna.

—Vamos, señor escribiente, poned que con las manos cometió el homicidio.

—Si no he dicho tal cosa!

—Eso no lo escribais. ¿Y con qué objeto la matásteis?

—Sobre que no la maté, señor.

—Con que no, eh?---- pues entónces quien la mató?

—Un hombre á quien habia sacado de la Inquisicion.

—Hola! hola! la cosa se presenta de una manera alarmante.

Y no sabeis con qué motivo?

—No, señor.

—Ni lo que ocasionó la riña?

—Iba yo á larga distancia, cuando escuché el pataleo de la pobre vieja.

—Eso del pataleo me huele á complicidad; insisto en lo que he dicho á maese Pica-Anzuelo, que si los muertos hablasen, la verdad saldria limpia como la hoja de una espada al desenvainarla, ¿digo bien?

—Perfectamente, respondieron los asistentes y el escribano.

—Pues entónces, poned el parte y remitid á esta mujer á la cárcel de corte.

No bien el escribano habia trazado las primeras letras del

oficio, cuando el alguacil Pica-Anzuelo se presentó en la estancia seguido de los alguaciles.

—Qué pasa, maese? preguntó azorado el alcalde.

—Cosas verdaderamente graves y maravillosas.

—Hablad, hablad.

—El cadáver de la vieja ha echado á correr.

—Lo dije! exclamó el alcalde; no en vano os le recomendé tanto; yo sé lo que me digo, en esto de los crímenes soy hombre avezado; contad, contad las circunstancias.

—Pues señor alcalde, estos hombres y yo quisimos descansar un rato, á cuyo efecto pusimos al susodicho cadáver en la banqueta; estos hombres se ocupaban en rezarle un sudario, porque sabeis que son buenos cristianos, cuando al decir *Pater Noster*, cataplám!

—¿Qué, reventó la vieja?

—No, señor, nos disparó á quemaropa un pistoletazo.

—Guardadme la pistola, es el cuerpo del delito.

—Estos hombres lo primero que les ocurrió fué echar á correr.

—En ese punto estamos de acuerdo, yo hubiera hecho otro tanto, pensó el alcalde.

—Naturalmente, continuó el alguacil, yo los seguí á toda prisa para convencerlos de ----

—Sí, entiendo.

—Estos hombres se detuvieron como era natural en la vinería.

—Con otra *naturalidad* de esas que me conteis de estos *hombres*, los soplo á la cárcel.

—Pues señor alcalde, cuando volvimos, estos *hombres* y yo, naturalmente encontramos que la vieja habia desaparecido.

—¿Y la pistola?

—Ignoramos el contenido de la pregunta.

—Escribid, señor alguacil, escribid, es necesario que el señor

alcalde del crimen se ponga al tanto de estas abominaciones jurídicas y criminales que pasan en el foro de Nueva España.

El alguacil tomó la pluma y el alcalde dictó poco mas ó ménos el siguiente parte:

“Señor: El infrascrito que abajo firma, da parte á V. S. que anoche encontró andando á un cadáver que respiraba todavía, en union de la matadora. Doy así mismo parte de que la relacionada difunta, luego que se vió en la calle y puesta en una banqueta, dijo: pies, para qué os quiero, y se fugó haciendo un fuego mortífero sobre los alguaciles, no se sabe si con instrumento cortante, por no parecer el proyectil ni el instrumento; constando del dicho de los testigos solamente la detonacion, que acompaño para conocimiento de V. S.

Dios guarde á V. S. muchos años.—El alcalde de la ronda de las doce á las cinco de la mañana.”

—Podeis firmar.

El alcalde tomó la pluma y escribió: *Francisco Xavier Ximenez de Pinillos*.

La mulata lloraba en silencio, por lo tanto sus lágrimas nada podian en el ánimo del alcalde.

Llevaronla á la prision, donde se la recomendó por haber matado á una mujer que resultaba *viva*.